

A romantic close-up of a man and a woman about to kiss. The woman is on the left, wearing a black strapless dress and a large diamond earring. The man is on the right, wearing a white shirt and a dark jacket. The background is dark, and the lighting is soft, highlighting their profiles.

EL
HOMBRE
DE
MI VIDA

LAURELIN PAIGE

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



EL HOMBRE DE MI VIDA

Laurelin Paige

Traducción de Cristina Riera Carro



Contenido

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Sobre la autora

Página de créditos

El hombre de mi vida

V.1: Junio, 2022

Título original: *Man For Me*

© Laurelin Paige, 2021

© de esta traducción, Cristina Riera Carro, 2022

© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2022

Los derechos morales de la autora han sido reconocidos.

Todos los derechos reservados.

Esta edición se ha publicado mediante acuerdo con
Bookcase Literary Agency.

Diseño de cubierta: Laurelin Paige

Corrección: Gemma Benavent

Publicado por Chic Editorial

C/ Aragón, 287, 2^o 1^a

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17972-74-5

THEMA: FRD

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

El hombre de mi vida

Era mi mejor amigo... hasta que me dijo que había conocido a una chica

Brett Sebastian es mi mejor amigo desde hace diez años. Trabajamos juntos en Sebastian Industrial y cada vez que su primo Scott me utiliza y me deja tirada, sé que puedo llorar sobre su hombro. Pero cuando Brett me confiesa que ha conocido a una chica, algo se me remueve por dentro. ¿Es posible que sienta algo por él? ¿Y si he estado persiguiendo al Sebastian equivocado durante todo este tiempo?

Emociónate con este *friends to lovers* en el lujoso mundo de los Sebastian

«Una historia de amor seductora y apasionante con personajes carismáticos y poderosos.»

The Reading Cafe

*Para mi marido, de quien me enamoré mientras conspiraba
para conquistar al hombre equivocado*

Capítulo 1

Iniciar la velada con un orgasmo debería haber sido una señal de que todavía estaban por llegar muchas cosas buenas. En todos los sentidos.

Claro que la mayoría de los orgasmos no se provocan por pena, pero en este caso sí. Aunque Scott no me lo dijera directamente, que me rechazara cuando me tocaba masturbarlo fue una gran pista.

Su respuesta despectiva me resonó en la cabeza: «La única razón por la que he hecho que te corrieras ha sido para que me dejes en paz».

Me negué a que se me escaparan las lágrimas mientras me iba con pasos furiosos.

Bueno, los pasos me llevaron hasta el extremo del tejado. Allí, mi salida se volvió incómoda cuando intenté bajar por la escalerilla de acero que conducía a la azotea con toda la elegancia de la que era capaz una mujer ataviada con un vestido de fiesta, es decir: ninguna. Sobre todo, traté de mantener las rodillas juntas para que nadie en la planta inferior viera que mis bragas habían acabado en el mismo lugar que mi dignidad: en el bolsillo de Scott Sebastian.

Afortunadamente, no había pasado lo mismo con el vestido de fiesta (me lo había prestado mi hermana mayor, como toda mi ropa formal), lo que significaba que debería

arreglar el desgarrón que me había al bajar antes de devolvérselo. Genial, acababa de quedarme sin poder ir al Café A Lot en toda la semana.

«Que le den al mundo».

Bueno, a todo el mundo menos a Scott Sebastian, porque era el único al que quería darle en ese momento.

Cuando llegué al pie de la escalera, lancé una última mirada furibunda al tejado con la esperanza de que mi amante ocasional estuviera allí para verla.

Por desgracia, no había nadie.

Y yo, en un arrebató dramático que nadie presenció, alcé la barbilla y me dirigí hecha una furia hacia la barra.

—¿Va todo bien? —pregunté al barman cuando me colé detrás de la barra. Se llamaba Denim.

«Denim».

Me horrorizaría que sus padres le hubieran puesto un nombre tan ridículo de no ser porque estaba segura de que él mismo lo había elegido.

«Actores».

Mejor dicho: «Actores *millennials*, no tienen remedio». Los demás actores no eran tan excéntricos.

La ciudad estaba repleta de actores pluriempleados que trabajaban de camareros, entre otras cosas, y como mis obligaciones profesionales como recepcionista de algún modo incluían cualquier cometido sin una asignación específica para el departamento de relaciones públicas, era la encargada del personal que trabajaba en fiestas como esta.

Huelga decir que no era la mejor en esta faceta de mi trabajo, ya que había estado ocupada con mi jefe en lugar de estar disponible en la fiesta. Pero la verdad, nada me habría gustado más que asignar este cometido a otra persona. Llevaba unos años pidiéndolo, pero habían aplazado mi petición una y otra vez. Así que ahora era otra cosa más de mi vida que quería mandar a la mierda.

—De maravilla —respondió Denim en un tono monótono, tan poco encantador como siempre, pero decidí no llamarle la atención como otros en mi mismo cargo habrían hecho.

En realidad, no había venido a controlarlo.

Me observó mientras rebuscaba en la nevera del vino.

—¿Puedo ofrecerle algo, señora Waters?

—No, ya lo hago yo.

Saqué una botella abierta pero casi entera de Moët & Chandon y me aseguré de que la variedad Nectar Impérial fuera semiseco —efectivamente—, y entonces cerré la puerta de la nevera con la cadera. Alcé la botella para que Denim la viera.

—La ha pedido un invitado.

Poco importaba que la invitada fuera yo y que en realidad yo no fuera una invitada.

—¿Necesitas una copa larga?

—¡No! Así va bien.

—Vaya, entonces hoy será ese tipo de noche —comentó una voz familiar mientras salía hacia el otro lado de la barra.

Me volví y me encontré con la única cara que quería ver en ese momento (en realidad, era la única otra cara que quería ver la mayor parte de las veces).

—Es el tipo de noche que es, Brett —me quejé, como hace cualquier mujer que está pasando por un mal momento y ve a la persona que mejor la conoce en todo el mundo.

Frunció el ceño mientras me limpiaba con el pulgar el rímel corrido.

—¿Quieres que le dé una paliza?

Me obligué a no estremecerme al sentir su caricia.

—Sí, por favor.

—Enseguida.

Sonrió y el blanco radiante de sus dientes realzó el verde de sus ojos. Era difícil saber dónde mirar, como solía ocurrirme. Tenía un rostro muy atractivo, desde el hoyuelo en el mentón hasta los pómulos marcados, pasando por las cejas gruesas y la barba de tres días que le cubría la mandíbula angulosa.

Sin duda, era el hombre más *sexy* que conocía. Incluso con el paso de los años, no era inmune a su atractivo. La única razón por la que no había intentado tener nada con él era porque no me rehuía. Algo me decía que si quisiera irme a la cama con él, Brett me seguiría como un cachorrito perdido. Ese era el problema (aunque en realidad no habría sido un problema, solo lo era en lo que atañía a mi libido): me adoraba, pero como yo era una mujer rota por dentro, necesitaba que los hombres fueran algo capullos para ponerme cachonda.

Como, por ejemplo, Scott Sebastian.

Claro que Brett nunca le daría una paliza a Scott Sebastian porque, uno, no haría daño ni a una mosca; dos, Scott era tanto su jefe como el mío; y tres, Scott era su primo (por este orden de importancia). Pero, de todas formas, era un bonito detalle por su parte.

Levanté la botella.

—Voy a ahogar las penas con un champán caro que no he pagado. ¿Me acompañas?

Brett volvió la vista atrás por encima del hombro derecho y luego del izquierdo.

—No puedo. Creo que tengo que hacer la pelota un poco más.

¿Ves? Brett era de los buenos. Ni siquiera intentaría convencerme de que no abandonara mis responsabilidades, a pesar de que él me había conseguido el trabajo y ostentaba un cargo que estaba por encima del mío.

Pero como yo no era de las buenas, podía intentar hacerlo cambiar de opinión.

—Ahora mismo estás en un rincón de la barra conmigo. Ya has dejado de hacerles la pelota.

—Bueno, en realidad también intento esconderme de Adrienne Thorne.

Eché la cabeza hacia atrás y gruñí, por él y por mí. La sexagenaria de pelo azul llamaba a la oficina al menos una vez a la semana para pedir una cita con Brett. Su secretaria personal había dejado de aceptar sus llamadas, así que la señora había empezado a llamar al número principal, lo que significaba que ahora era yo la que debía inventar excusas que justificaran por qué Brett no podía reunirse con ella.

—Deberías decirle que no vamos a trabajar con ella y ya está.

—Ya lo he hecho, Eden. Varias veces. Y cree que puede hacerme cambiar de opinión.

Brett era tan bueno que cuando te rechazaba, seguramente te parecía una invitación para esforzarte más para ganártelo.

Pobrecito. No podía evitar ser buena persona.

—¿Quieres que le pegue una paliza? —Le pasé la mano por la corbata, más por sentir algo que para alisársela.

Sí. Brett no era el hombre adecuado para mí, pero tenía un cuerpo impresionante. Nadie puede culparme por apreciarlo.

Me apunté un tanto en silencio cuando Brett se estremeció.

—Aunque te dijera que sí en broma, me da miedo que lo hicieras de verdad.

—Bueno, seguro que perdería el trabajo.

Pasamos un segundo en silencio antes de echarnos a reír. Tanto si Scott Sebastian me correspondía o no, irme a la cama con el jefe me daba cierta ventaja. Sin duda, había sido yo quien lo había perseguido, pero a los Sebastian les preocupa su imagen lo suficiente como para echarme del trabajo de buenas a primeras. Se lo pensarían dos veces

antes de hacerlo. Y si me despidiera, seguramente me iría con una buena paga.

Tampoco es que fuera a acusar al hombre de nada, pero si él me creía capaz y esa posibilidad me brindada seguridad laboral, no admitiría en voz alta que no lo haría.

Pensar en el trabajo me hizo sopesar si debía quedarme, como era mi cometido, y ayudar a Brett a eludir a Adrienne Thorne. Lo cierto es que me gustaba estar con él y siempre me animaba después de que Scott me rompiera el corazón. Pero descarté la opción en cuanto vi al rey de Roma bajando por las escaleras y tirando mis bragas en una papelería como quien no quiere la cosa. Desde luego, él no tenía un desgarrón en el traje y parecía tan impecable como antes de subir.

«Que le den, que le den, que le den».

Brett siguió mi mirada y se puso rígido al ver a quién observaba.

Quizá sí que le pegaría una paliza a Scott si se lo pedía.

Pero no se lo diría. Ya me sentía bastante mal por hacer creer a Brett que tenía que escoger un bando, lo que tampoco impedía que yo cayera rendida a los pies de Scott día sí y día también, como un bumerán desgastado que siempre vuelve, pero sí que me obligaba a distender la situación y a poner distancia.

En el sentido de que yo debía distanciarme de mi objeto de deseo antes de acabar a su lado.

—Bueno —Di unas palmaditas a Brett en el pecho como si estuviera tranquilizando a un perro guardián feroz—, tú ve a hacer tu trabajo, yo estaré en el otro lado. —Señalé con la cabeza hacia el otro extremo de la fiesta, que estaba separado por un cordón y donde se habían colocado las cajas extra de alcohol para que el personal no tuviera que ir al almacén cada vez que se quedara sin vodka o *whisky*. Mientras lo organizábamos todo, había visto que había un

sofá y ahora mismo ese rincón aislado me llamaba—. ¿Vendrás luego?

—Sí. —No me pasó por alto el destello de anhelo en sus ojos, como ocurría de vez en cuando, pero, como siempre, fingí no darme cuenta. Señaló el champán—. Guárdame un poco.

—Claro. —Me esforcé por no poner los ojos en blanco. Hacía ver que no tenía sangre azul, porque su sangre no era tan azul como la de la rama de Scott en el árbol genealógico de los Sebastian, pero se había criado con mucha más categoría que yo y prefería el vino seco a mis licores de postres.

Aun así, se los tomaba cuando me acompañaba. No sé si lo hacía para demostrarme su apoyo o porque no quería que bebiera sola y me emborrachara.

Fuera cual fuera la razón, me aseguré de hacerme con otra botella antes de cobijarme en mi soledad. La noche acababa de empezar y Scott ya me había rechazado. Por enésima vez. No estaba de humor para que alguien coartara mis ganas de beber.